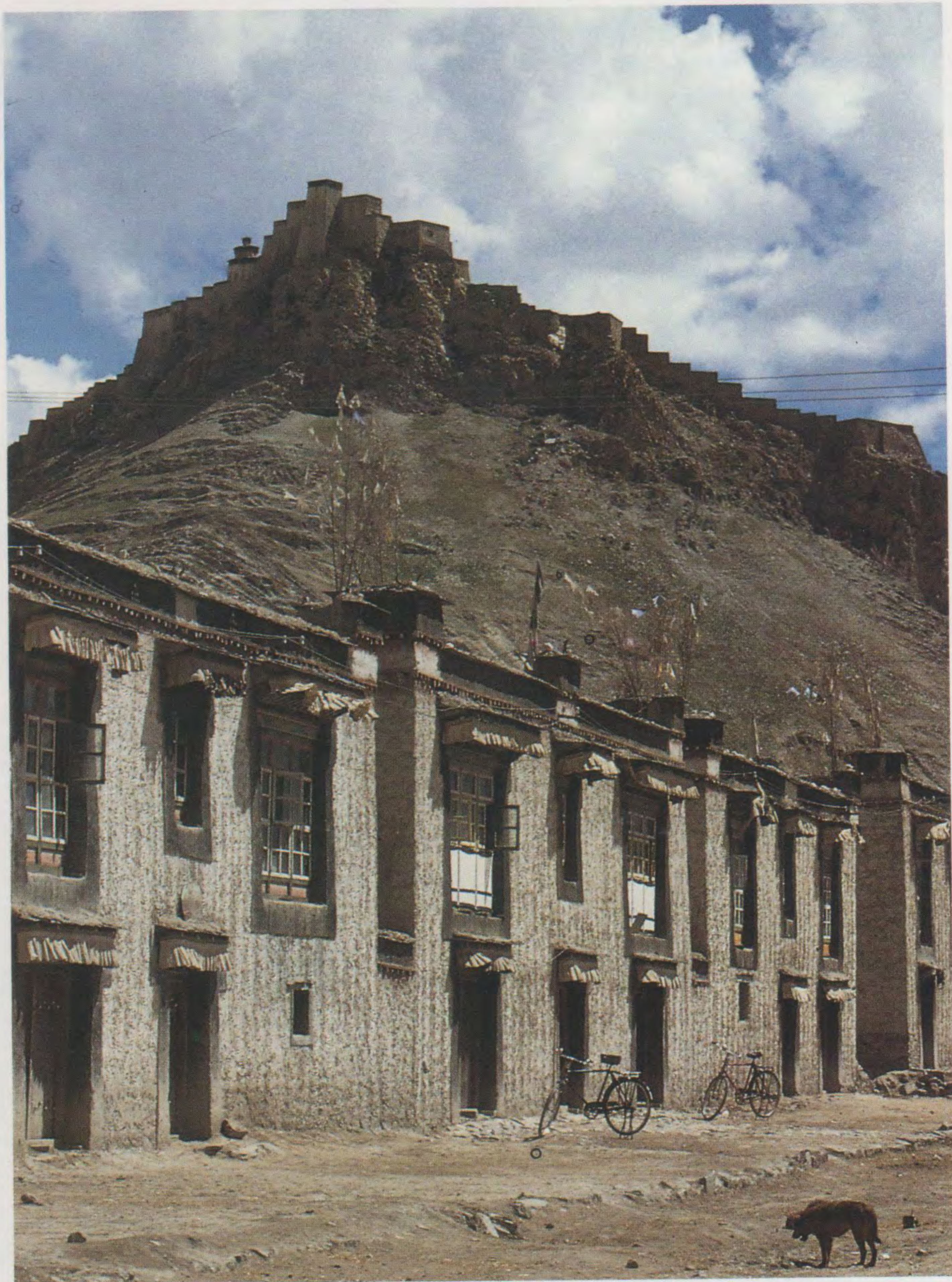


El Tibet

A comienzos de siglo, los ingleses se tomaron el fuerte de Gyantzé, construido en lo alto de un pitón rocoso.



EL REINO DE LAS SOLEDADES SAGRADAS

LUIS AZUA M., MIEMBRO DE LA SOCIEDAD CHILENA DE EXPLORACION, QUE HOY TRABAJA EN UNA EMPRESA FRANCESA DE TURISMO DE AVENTURA, HIZO UN LARGO RECORRIDO POR EL TIBET. SU EXTRAORDINARIO VIAJE QUEDO REFLEJADO EN ESTE INTERESANTE RELATO.

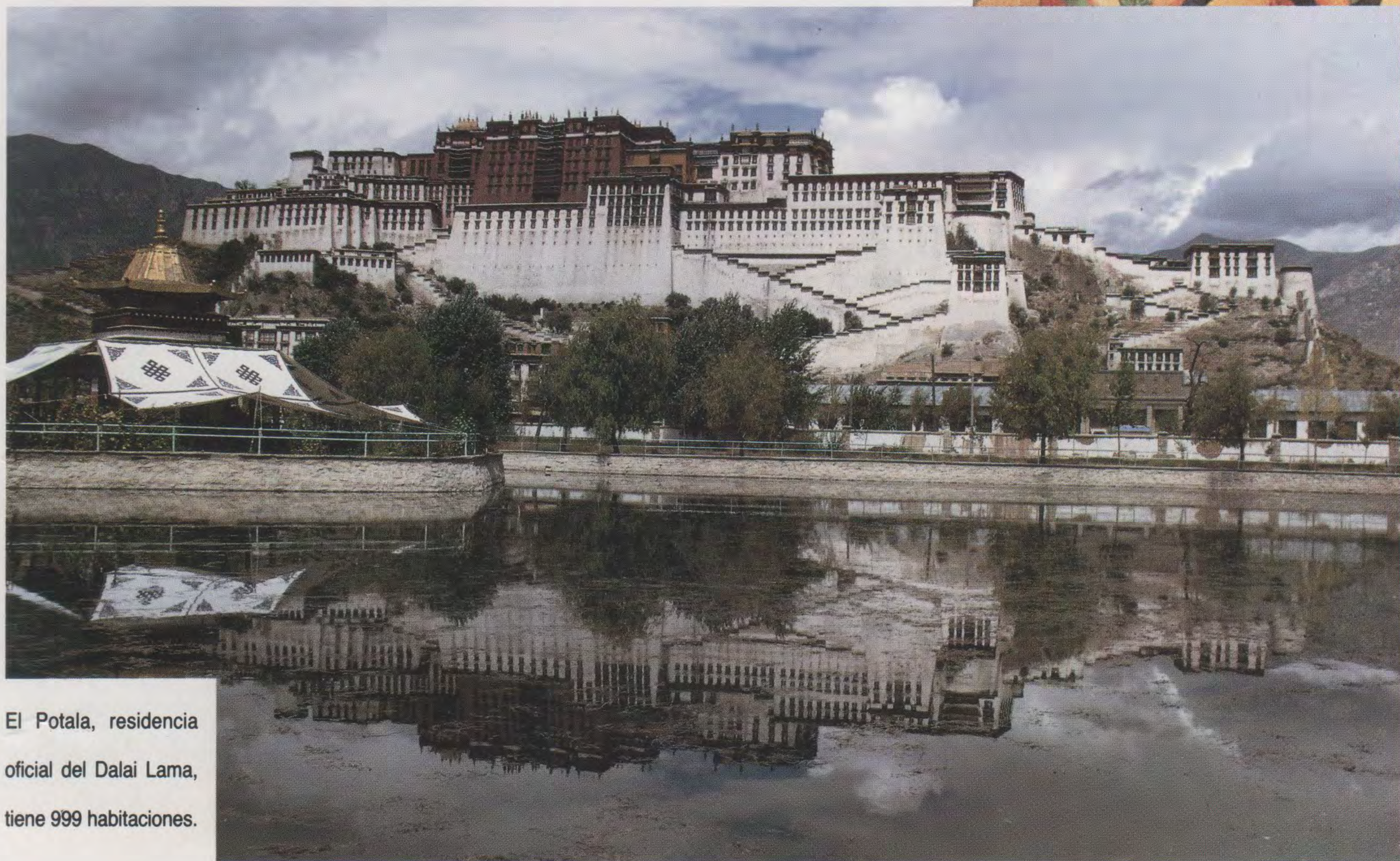
¿Xinning binguan? yes, yes, contestó el amable chino que se obstinaba en ayudarnos, ante nuestra consulta para saber dónde se encontraba el hotel de esta ciudad situada en lo que eran los límites históricos del Tibet con el Imperio Chino hacia el siglo primero de nuestra era.

Xinning fue también una etapa importante en el tráfico de la antigua ruta de la seda, y fue fieramente disputada en las numerosas guerras sostenidas por chinos y tibetanos.

En los alrededores de Xinning se encuentran algunos centros importantes

de la religión lamaísta tibetana. Labulung es el centro más activo con alrededor de 600 monjes y se sitúa en una región montañosa. Kumbum es más pequeño, pero tiene prestigio por ser el lugar donde nació una de las más importantes sectas con que cuenta el lamaísmo. Se trata de los "bonetes amarillos", aparecidos en el año 1409 d.C., en oposición a los antiguos cultos animistas del Tibet ancestral. El actual Dalai Lama, Tensing Gyatso, pertenece a ella.

Kumbum es embrujador por sus templos, letanías, címbalos, trompetas de graves sonidos y el olor a mantequilla



El Potala, residencia oficial del Dalai Lama, tiene 999 habitaciones.

de yak impregnando corredores y salas. En una de ellas se encuentra un "torma" o trabajo de escultura en mantequilla, el que debe ser continuamente refrescado con grandes ventiladores. El trabajo es delicado, y tanto deidades como demonios presentan sorprendentes detalles. Todo coloreado, este enorme panel mide ¡25 metros de largo por 2 de alto!

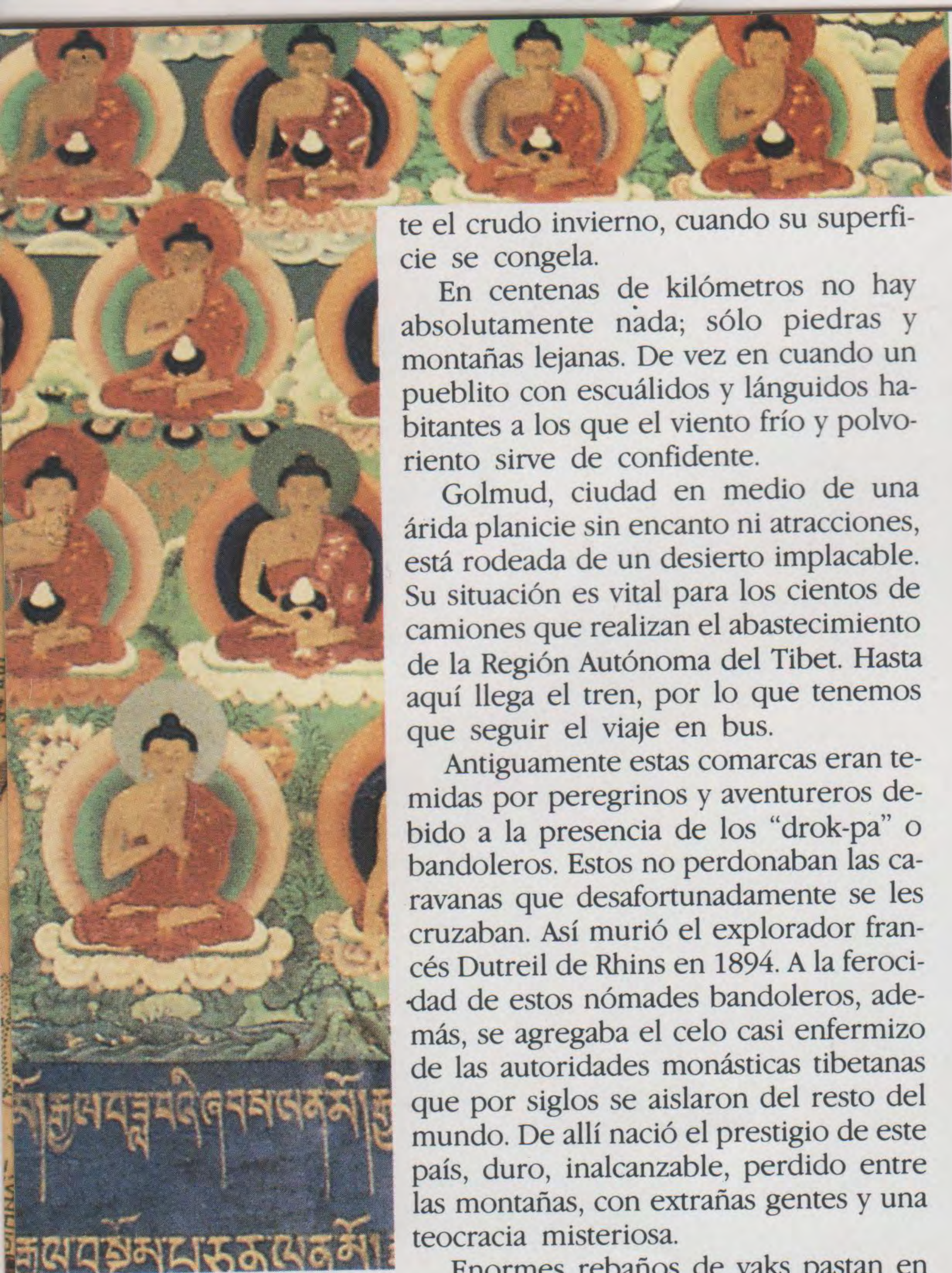
En otros lugares, los "trapas" o alumnos se ejercitan con sus lecciones, estableciéndose un curioso sistema de interrogación. Un alumno propone una pre-

gunta o golpea con sus manos como poniendo el signo de interrogación. Quien responde, contesta inmediatamente o bien se escuda tras una incómoda sonrisa. Al parecer, las clases no son aburridas, dado el ambiente festivo reinante entre superiores y alumnos. Incluso a la hora de repartición de manzanas, éstas volaban enteras o en coronas, de un extremo a otro, buscando un blanco en la cabeza de algún monje. Discretamente, el superior sentado en una especie de trono desde donde presidía el ritual de oraciones, bostezaba

sin complejo. En un momento tuvimos miedo de que recibiese un manzanazo perdido, en medio de tanto alboroto.

RUMBO A LHASA

En las veinte horas de viaje que separan Xinning de Golmud bordeamos el inmenso lago sagrado de Kokonor, el más grande del Tibet, donde se encuentra prohibida la navegación y la pesca. Así, un monasterio en una isla de este lago queda incomunicado en verano, siendo posible cruzar solamente duran-



La imagen de Buda adorna hasta el infinito las paredes del palacio del Pachem Lama, en Shigatzé.

te el crudo invierno, cuando su superficie se congela.

En centenas de kilómetros no hay absolutamente nada; sólo piedras y montañas lejanas. De vez en cuando un pueblito con escuálidos y lánguidos habitantes a los que el viento frío y polvoriento sirve de confidente.

Golmud, ciudad en medio de una árida planicie sin encanto ni atracciones, está rodeada de un desierto implacable. Su situación es vital para los cientos de camiones que realizan el abastecimiento de la Región Autónoma del Tibet. Hasta aquí llega el tren, por lo que tenemos que seguir el viaje en bus.

Antiguamente estas comarcas eran temidas por peregrinos y aventureros debido a la presencia de los "drok-pa" o bandoleros. Estos no perdonaban las caravanas que desafortunadamente se les cruzaban. Así murió el explorador francés Dutreil de Rhins en 1894. A la ferocidad de estos nómades bandoleros, además, se agregaba el celo casi enfermizo de las autoridades monásticas tibetanas que por siglos se aislaron del resto del mundo. De allí nació el prestigio de este país, duro, inalcanzable, perdido entre las montañas, con extrañas gentes y una teocracia misteriosa.

Enormes rebaños de yaks pastan en las comarcas solitarias. Ríos congelados, nieve en cumbres distantes, telones de bruma que cubren el horizonte, sol intenso que da al Tibet una luminosidad única. Tal vez esto es lo que marca más la memoria del viajero.

Ya muy tarde, en medio de una alegoría de nubes rojizas del crepúsculo con tímidas estrellas perfilándose, cruzamos el paso de Tangula Shankou ubicado a 5 mil 180 metros sobre el nivel del mar. Los tibetanos se precipitaron hacia los "Latzai" o montículos de piedras donde flotan libremente unas especies de banderillas conocidas como "caballos del viento" que según se dice inspiran buena suerte.

Lanzando unos papelitos impresos al aire, gritaban "¡Lha gyaló!" (¡los dioses triunfaron!) en un momento de alegría y devoción.

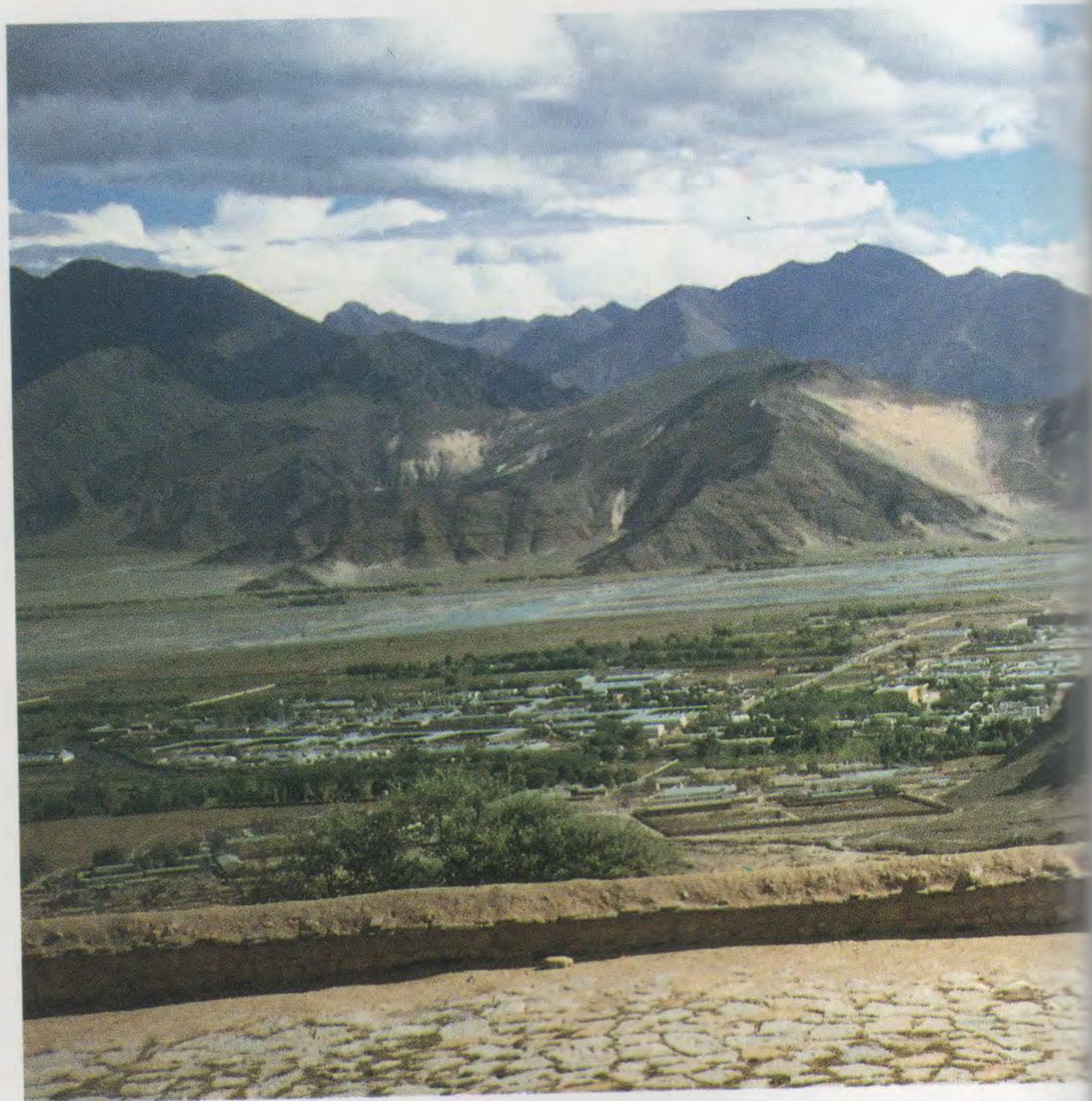
RESIDENCIA DEL LAMA

Al día siguiente entramos en el valle del río Kyichu donde se encuentra Lhasa. De pronto aparece Drepung, enorme lamasería que alberga a más de diez mil monjes en una especie de ciudad adosada a una montaña cercana a Lhasa.

Sobre la colina de Marpori se levanta el Potala, monasterio y residencia del

Dalai Lama. Su nombre proviene del sánscrito Bodala que significa "Montaña de Buda". Esta joya arquitectónica comparable al Coliseo romano o al Taj Mahal, encierra múltiples tesoros en sus techos de oro, en sus diez mil altares y sus veinte mil estatuas.

En las entrañas de este edificio construido en 1694, recorriendo algunas de sus mil piezas, se saborea el gusto de otras eras antiquísimas. En galerías enormes flanqueadas de dioses y demonios, sólo alumbradas por tímidas flamas en mantequilla derretida, se reconocen santos como Tsong-Kapa, Milarepa, Padmasambhava; demonios terroríficos tales como Yama y su enorme cabeza de búfalo; finas deidades y apsa-



ras (ángeles) como Sakyamuni y sus ojos dormidos embrujadores.

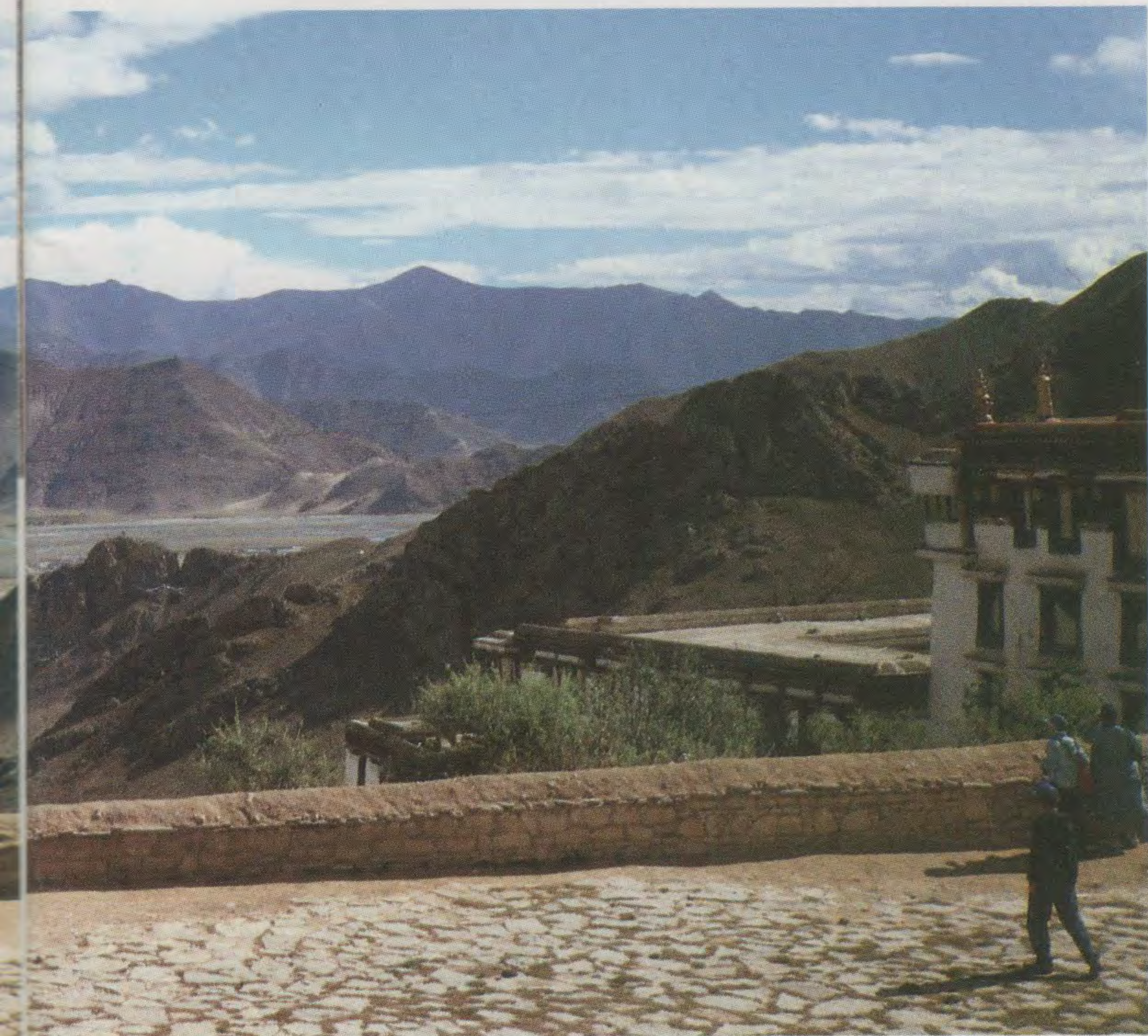
En los corredores, lamas amistosos recitan sus mantras invitándonos a pasar a capillas colmadas de estatuas religiosas. Embriagados por el humo de los candelabros y perdidos en estrechos pasillos en que resuenan las letanías, nos parece ser transportados a un filme del corte de Indiana Jones con exóticas aventuras. Lo increíble es que todo es real, como un profundo viaje al pasado, pero en pleno siglo XX.

Otro de los lugares donde se alcanza un éxtasis de sensaciones es el templo de Jokhang (o Tsuklakang) considerado como el más sagrado del Tibet. En este

lugar la estatua de Sakyamuni en oro, recibe la visita de miles de peregrinos venidos de todo el Tibet y del exterior. Los nómades visten gruesos abrigos de piel de yak, en sus orejas aros de turquesas, collares de coral rojo grandemente apreciados por venir del mar, desconocido para ellos. Hay mujeres bellísimas de largas trenzas adornadas con turquesas en las interminables filas de peregrinos que giran en el sentido de los punteros del reloj en los patios exteriores del templo principal.

Fascinado, me detengo frente a nómades como salidos de la Edad Media y ellos a su vez no despegan la vista ante mi parka, lentes y cordones rojos. Esto último evidentemente les atrae y lo co-

Lhasa visto desde las alturas del Potala.



mentan con sus vecinos de fila. Al fin, una sonrisa que es correspondida brotando un cálido "tráchidele" u hola local.

LA CUNA DE UNA CIVILIZACION

Siguiendo el curso del río Tsangpo, al sur de Lhasa, llegamos a un punto donde cruzamos en barcazas hacia el villorrio de Samye. En este lugar fue fundado en el año 775 d. C. el primer monasterio del Tibet por el sabio hindú Padmasambhava. Aquí creció y se desarrolló el lamaísmo, mezcla de budismo, rituales esotéricos hindúes, y antiguos cultos animistas Bön especialmente consagra-

dos al ocultismo.

La cuenca del río Tsangpo revela un hecho geológico formidable, por ser el lugar en que entran en contacto las placas continentales de India y de Asia. Hace 50 millones de años la placa del Deccan (India) comenzó a incrustarse bajo la de Asia, dando origen en sus pliegues más frágiles a la cadena Himalaya, la cual se eleva inexorablemente, aún hoy en día.

En Samye el paisaje es sublime. Inmensas dunas de arena separan los fértiles cultivos de las riberas del río. El cielo color turquesa contrasta con la nieve de las montañas cercanas, y las mujeres trabajan cantando mientras baten la cebada en esta época de cosecha.

Esa noche tuvimos animadas lecciones de tibetano en una humilde casa, bebiendo, casi en exceso, un delicioso Chang que es una cerveza hecha de arroz fermentado. Lobsang y Pasang, nuestros profesores ocasionales, exclamaban alegremente de tiempo en tiempo "¡Filing yapuduu!" (¡extranjeros muy bien!), bebiendo una y otra vez. La patrona de la casa se apresuraba en llenar las copas, prolongándose hasta tarde ese día inolvidable. Fueron momentos de paz que echaríamos de menos en algunos días más, cuando a merced de un chofer demente, viajaríamos más al sur.

DOS JOYAS: GYANTZE Y SHIGATZE

Circulando por estrechos caminos continuamos nuestro vagabundeo. Al borde de la ruta los postes eléctricos son hechos de adobe, pues este es un país desprovisto de bosques y la madera es grandemente apreciada.

Cruzando el paso de Khámba-Lá a 4.900 metros, se llega al lago de Yamdrok Tso, el que está rodeado de picos nevados. Este lago de altitud presenta la forma de un gigantesco escorpión, con sus múltiples fiordos en todas direcciones.

A medida que subíamos por las rutas de la montaña, comenzamos a temerle a las bajadas.

A medida que subíamos por las rutas de montaña comenzamos a temerles a las bajadas. Nuestro chofer, haciendo gala de una imprudencia única, se dedicaba a bajar las cuestas de tierra en pésimas condiciones, con el motor apagado y haciendo humear los frenos. De nada servían nuestras súplicas para que condujera despacio. Por momentos el viaje se volvía una pesadilla.



En Gyantzé, un pueblo de 50 mil habitantes, existen algunas joyas de la arquitectura religiosa tibetana. Muchos peregrinos recorren los diferentes edificios. También circulan grandes jaurías de malhumorados perros, los que se deben evitar cuidadosamente. Para los tibetanos son reencarnaciones fallidas de pecadores en otras vidas. En el ciclo de la Rueda de la Vida, sólo una buena conducta evita esta desgracia, esperando en alguna vida futura la liberación ofrecida por la iluminación, etapa máxima constituida por el Nirvana.

Otra de las atracciones de Gyantzé es el fuerte construido en un pitón rocoso, escenario de cruentas batallas a cerca de 4 mil 500 metros de altura.

A comienzos de siglo, en el momento en que la Rusia Zarista, el Imperio Británico y la China Imperial de los Ta-tsing se disputaban enormes porciones del continente asiático, los geopolíticos ingleses, temerosos de una implantación de las tropas rusas en el Tibet, organizaron una enorme expedición al techo del mundo para asegurar la "neutralidad" política del Dalai Lama.

Los tibetanos en plena época feudal confiaron la defensa del país a sus demonios y amuletos personales. Poco pudieron hacer frente a las cuatro flamantes ametralladoras y a dos pequeños cañones de campaña llevados por los ingleses. La toma del fuerte implicó el asalto de escarpados riscos, comprendiendo el esfuerzo que significó tal acción al ascender lentamente aspirando con intensidad el poco oxígeno del aire. A veinte kilómetros de allí tuvo lugar la batalla de Karo-Lá, en que tibetanos e ingleses se enfrentaron, en 1903, a más de 5 mil 200 metros de altitud. Ha sido la batalla más alta del mundo.

A horas de Gyantzé se encuentra Shigatzé, segunda ciudad del Tibet y sede

del Trashilumpo o palacio del Pachem Lama. Esta es la segunda autoridad del lamaísmo, y la tradición señala que es la reencarnación del hijo de Tsongkapa, uno de los hombres santos del Tibet.

En una de las capillas se encuentra la imagen del Buda Maitreya o Buda del futuro, que mide 27 metros de alto sentado en posición de lotus. ¡Sólo los lóbulos de las orejas miden tres metros!

Otra vez en la ruta, la noche cae y la luna aparece en el horizonte. Es un paisaje extraño pues el viajero se siente como estando por sobre todo. Las sombras de las montañas se recortan contra la luz de la luna, en aquel horizonte, pero esas montañas las mirábamos hacia abajo.

Miles y miles de estrellas titilan en el firmamento, que a esta altura parece aún más negro.

EL MONASTERIO DE LOS RIACHUELOS PROFUNDOS

Tras cuatro días de marcha en los cuales atravesamos el río Dzakar Chu, llegamos al monasterio de Rongbuck frente a la faz norte del Everest. En el monasterio de los riachuelos profundos cuatro monjas y tres lamas, con sus rostros y manos ennegrecidos por la mugre y los rayos ultravioletas del sol, murmuran monótonas oraciones. Aquí no hay turistas y sólo vemos seis occidentales en dos semanas. Los otros están más arriba, en el campo base a los pies del Everest, como guerreros en espera de la batalla. Son las expediciones anuales y sus estandartes flotan salvajemente con el frío viento tibetano.

La impresionante faz norte del Everest se vuelve roja con las últimas luces del día. El frío ataca, obligándonos a refugiarnos en los sacos de dormir. Es inevitable pensar en los lamas que viven en el monasterio todo el año, en sus

sombrías piezas saturadas de humo, sin conocer absolutamente nada de lo que existe en Occidente.

Salimos del valle de Rongbuck, cruzando el paso de Lamna-Lá, que con sus 5.150 metros nos recibe en su cumbre con fuertes ráfagas de viento. Collados interminables que, en dos días nos llevan hacia la planicie de Tingri, muy cerca de la antigua ruta de caravanas, en el paso de Nangpa-Lá, que conduce a los valles nepaleses.

En el pueblito de Chulungganda un perro nos recibe a ladridos. Chu tsabo? preguntamos a un tibetano que labora en el campo. Nos invita a su casa donde satisface nuestra demanda de agua hervida. La cocina es living y dormitorio a la vez, dentro de un ambiente irrespirable provocado por el humo de los leños.

En la planicie de Tingri mora el viento, el que levanta enormes tormentas de tierra, envolviendo todo en un velo grisáceo.

La mugre y el polvo han ennegrecido nuestra piel y el jabón bien poco puede hacer para devolverle su color original. Realmente se comprende ahora el porqué de la suciedad de los tibetanos. ¡Felizmente la altura y el frío neutralizan los olores que con el calor debieran sentirse!

Al borde del camino solitario nos instalamos a hacer dedo. Tres camiones en un día es bastante poco y pocas son nuestras chances. Al día siguiente con mejor suerte viajamos en un camión repleto de sacos y de tibetanos, los que para conjurar la mala suerte nos rociaban de granos de arroz por la cabeza.

En el espacio de cinco horas bajamos hacia Nepal, desde los 5 mil 300 metros de altura hasta los 700 metros. Más de 4.500 metros de desnivel en menos de sesenta kilómetros.

La ruta es de locura, sobre todo en manos de choferes imprudentes. Rodados de rocas gigantescas bloquean el final del camino y el precipicio es de centenas de metros, hasta el lecho del río Sunkosi que corre furiosamente por la garganta.

De la aridez pasamos a las primeras matas de vegetación. El olor de los bosques llena nuestros sentidos, hasta allí impregnados de incienso y mantequilla de yak. Katmandú, la buena comida, las sábanas limpias y otras exquisiteces deseadas en medio de la rudeza, no pueden eclipsar las imágenes que guardan nuestros ojos, del lugar de dioses que acabamos de dejar. De donde no se vuelve intacto... el reino de las soledades sagradas.



Un pleno de oración en uno de los tantos monasterios tibetanos.

TIBET

Superficie actual: 1.200.000 km² (corresponde aproximadamente a la mitad del Tibet histórico etnográfico). Población: 1,5 millones de tibetanos en el país, 3,8 millones fuera de las fronteras (otras regiones de China, India, Nepal, Canadá, Suiza, etc.), 0,5 millones de chinos.

Economía: esencialmente agrícola, con alrededor de 228.000 hectáreas de tierras arables. Hay aproximadamente 21 millones de yaks, bovinos, ovinos, caballos, mulas y asnos. En minería, el Tibet tiene reservas de petróleo, aluminio, acero, manganeso, cobre, zinc, jade, titanio, uranio y plutonio. Las minas de litio más grandes del mundo están allá. La industria está pobremente desarrollada y da trabajo a 70.000 personas.

Geografía: La meseta altiplánica de Tibet, con una altura media de 4.000 metros de altura, está flanqueada al norte por las montañas de Kun Lun y Tanguia; al oeste por una barrera formada por el Karakoram, al sur por la geológicamente joven cadena del Himalaya. Hacia el este las cadenas montañosas que corren de norte a sur forman tres de los grandes ríos nacidos en Tibet. El Yangtsé que desemboca en Shangai; el Mekong, que corre entre Laos y Tailandia y el Salween que avanza hacia Birmania. Nacen también en este altiplano los ríos más sagrados de Asia: el Brahmaputra, el Indus y el Ganges. La altura máxima es el Monte Chomolungma o Everest con 8.848 metros.

Clima: Los Himalayas actúan como barrera natural contra el régimen de vientos monzones, por lo que la pluviosidad no excede de 500 mm. al año. Las temperaturas extremas varían desde -40°C en las montañas, hasta 38°C en las planicies cercanas a Lhasa.

